



unánimes

Estudios bíblicos

O: Carta a los Romanos

09.- La promesa de Dios



unánimes

Estudios Bíblicos

O.09.- La promesa de Dios

1. El texto

Romanos 4:13-25

La promesa de que sería heredero del mundo, fue dada a Abraham o a su descendencia no por la Ley sino por la justicia de la fe, porque si los que son de la Ley son los herederos, vana resulta la fe y anulada la promesa. La ley produce ira; pero donde no hay Ley, tampoco hay transgresión. Por eso, la promesa es fe, para que sea por gracia, a fin de que sea firme para toda su descendencia, no solamente para la que es por la Ley, sino también para la que es de la fe de Abraham. Él es padre de todos nosotros, como está escrito: «Te he puesto por padre de muchas naciones». Y lo es delante de Dios, a quien creyó, el cual da vida a los muertos y llama las cosas que no son como si fueran.

Él creyó en esperanza contra esperanza, para llegar a ser padre de muchas naciones, conforme a lo que se le había dicho: «Así será tu descendencia». Y su fe no se debilitó al considerar su cuerpo, que estaba ya como muerto (siendo de casi cien años), o la esterilidad de la matriz de Sara. Tampoco dudó, por incredulidad, de la promesa de Dios, sino que se fortaleció por la fe, dando gloria a Dios, plenamente convencido de que era también poderoso para hacer todo lo que había prometido. Por eso, también su fe le fue contada por justicia.

Pero no solo con respecto a él se escribió que le fue contada, sino también con respecto a nosotros a quienes igualmente ha de ser contada, es decir, a los que creemos en aquel que levantó de los muertos a Jesús, Señor nuestro, el cual fue entregado por nuestras transgresiones, y resucitado para nuestra justificación.

2. Introducción

Aquí el apóstol demuestra que la promesa de Dios es realizada por medio de la fe, no por las obras “Por esta razón, lo que fue prometido vino por la fe, para que pudiera ser un asunto de gracia”.

Pablo continúa su demostración que la doctrina de la justificación por la fe, no por medio de las obras de la ley, ciertamente no es una novedad sino que tiene su fundamento en las Escrituras, esto es, en lo que hoy nosotros llamamos el Antiguo Testamento.

En el párrafo precedente (4:1–12) él ha demostrado que, según la Escritura, la obtención de una posición de justicia ante los ojos de Dios, no es un asunto de obras sino de fe y, por lo tanto, de gracia. Además, que esto nada tiene que ver con la circuncisión.



En realidad, Abraham fue contado por justo mucho antes de ser circuncidado. Por eso Abraham debe ser considerado padre o líder espiritual de todos los verdaderos creyentes, circuncidados o no.

En el párrafo que estamos analizando, esta idea que la gracia divina, no el esfuerzo humano, es la base sobre la cual descansa el edificio de la salvación plena y gratuita es hecha resaltar aún más claramente por medio del énfasis que se pone en la promesa divina. Esa palabra promesa—que a veces indica la declaración divina misma, o bien su cumplimiento o realización (la bendición prometida)—aparece aquí por vez primera en la epístola de Pablo a los romanos. La idea de que el Dios del pacto es el Dios de la promesa es repetida varias veces. Esta promesa, además, tiene un significado de alcance universal. Afecta no solamente a todos los verdaderos creyentes, sean ya judíos o gentiles, sino que también hace sentir su influencia en toda época, sea pasada, presente o futura.

3. La promesa viene de la justicia

La promesa de que sería heredero del mundo, fue dada a Abraham o a su descendencia no por la Ley sino por la justicia de la fe, porque si los que son de la Ley son los herederos, vana resulta la fe y anulada la promesa. La ley produce ira; pero donde no hay Ley, tampoco hay transgresión.

Según la entendían los judíos, la promesa hecha a Abraham se cumpliría por medio de la obediencia a la ley mosaica. Los rabinos aun sostenían que mucho antes de que la ley fuese promulgada desde el Sinaí, Abraham ya tenía un completo conocimiento de ella y la había obedecido en todos sus detalles.

Frente a esto, el apóstol afirma que la promesa fue hecha a Abraham en su carácter de hombre de fe en Dios y que fue resultado de esta fe que la justicia le había sido contada o atribuida. Las obras o el mérito nada tenían que ver con la promesa o con su cumplimiento. La obediencia a la ley no estaba en juego pues la promesa fue hecha a Abraham mucho antes de que la ley fuera promulgada.

Notemos las palabras “...*La promesa de que sería heredero del mundo, fue dada a Abraham o a su descendencia*”, es decir, que como don de Dios el obtendría “el mundo”. ¡Pero qué significa esto?

Para contestar esta pregunta sería buena idea indicar en primer lugar que la promesa de Dios a Abraham incluía los siguientes puntos:

- a. título de propiedad de la tierra de Canaán
- b. la certeza que en número su simiente sería como el polvo de la tierra

- c. la garantía que en la simiente de Abraham todas las familias de la tierra serán bendecidas.

El libro del Éxodo nos muestra que la promesa de una abundante descendencia se cumplió. El libro de Josué nos muestra que también la tierra de Canaán llegó a ser posesión de los descendientes de Abraham y por lo tanto esa promesa también se cumplió. En la carta a los gálatas Pablo afirma que es en Cristo, la verdadera simiente, en quien todos aquellos que le abrazan serán bendecidos. Y añade: “Y si vosotros pertenecéis a Cristo, entonces sois simiente de Abraham, herederos según la promesa”.

Es a la luz de pasajes como éstos, que debemos interpretar el pasaje que indica que Abraham o su simiente recibió la promesa de que él sería heredero del mundo, “padre de muchas naciones. ¿Y no es también cierto que Abraham y todos aquellos que por gracia soberana constituyen su simiente en realidad poseen, en un sentido, el universo? ¿No colaboran todas las cosas para bien de los que aman a Dios y son llamados según su propósito, tanto así que Pablo puede decir: “Todo es vuestro”? Una correcta interpretación, en consecuencia, indica que Abraham, a quien se la imputó la justicia de Cristo, fue “heredero del mundo”. Lo mismo fue y es cierto, por supuesto, de todos los que tienen parte en la fe de Abraham. Si el Señor es su Dios, hecho que constituye la esencia misma del pacto de gracia, todo está bien.

Es comprensible que si, por el contrario, tuviesen razón quienes creen que lo que los salvará será los tenaces esfuerzos por obedecer la ley en todos sus detalles, entonces la fe—la confianza para la salvación puesta no en uno mismo sino en Dios—hubiera perdido su valor. También conviene recordar que si tal fuera el caso, nadie podría ser salvo jamás, ya que la ley demanda la perfección, cosa que ningún pecador puede lograr. En consecuencia, la promesa quedaría inútil, ya que bajo tales circunstancias nunca podría cumplirse.

Pablo se había esforzado muy arduamente por salvarse a través de la ley. Él había fracasado miserablemente. Habiendo sido “como tizón escapado del fuego”, él ahora entiende que “la ley produce ira”. Ella condena al pecador, pronuncia una maldición sobre todos que no cumplen perfectamente todas sus demandas. Al incumplir un mandato de la ley se incumple toda la ley, así de difícil es salvarse a través de la ley. Más adelante en la carta Pablo graba en nosotros esta lección de una manera conmovedora. La ley no puede capacitar a una persona para cumplir sus demandas; en consecuencia, no puede salvar a nadie: “Porque lo que la ley no podía hacer, Dios lo hizo enviando a su propio Hijo”.

Cuando Dios vino a Abraham con su promesa del pacto, la ley no había sido promulgada todavía, como se mencionó anteriormente. Por ende, la transgresión consciente de la ley

era también, en un sentido, imposible: “Donde no hay ley, tampoco hay transgresión”. En consecuencia, Dios había dado amplio espacio para que funcionase la promesa.

4. La promesa por la fe

Por eso, la promesa es fe, para que sea por gracia, a fin de que sea firme para toda su descendencia, no solamente para la que es por la Ley, sino también para la que es de la fe de Abraham. Él es padre de todos nosotros, como está escrito: «Te he puesto por padre de muchas naciones». Y lo es delante de Dios, a quien creyó, el cual da vida a los muertos y llama las cosas que no son como si fueran.

En concordancia con lo que el apóstol acaba de decir respecto a la manera en que Dios lleva a cabo su plan de salvación, a saber, no insistiendo en que para ser salvo el pecador deba ganar su propia entrada al reino de los cielos, sino aportando una solución en que la gracia triunfe, él ahora afirma que la razón por qué la salvación prometida vino por la fe era para que ésta pudiera ser un asunto de gracia. Aquí también está implícito que la promesa: “Yo seré su—o vuestro—Dios”, o sea, que la promesa de salvación plena y gratuita sería de seguro cumplimiento, o sea, cierta, firmemente fundamentada, e inmovible. Si el cumplimiento de la promesa hubiera dependido del esfuerzo humano, de modo que la salvación fuese el producto de la obediencia perfecta a las demandas de la ley de Dios, este cumplimiento no se podría haber logrado jamás. Pero ahora que es un asunto de gracia, o sea, un asunto del plan eterno y efectivo de Dios, su cumplimiento en la vida de todo el pueblo de Dios queda asegurado.

Las palabras que vienen a continuación nos presentan un problema. Después de “, a fin de que sea firme para toda su descendencia,”, la versión Reina-Valera, revisión de 1960, dice: “no solamente para la que es de la ley, sino también para la que es de la fe de Abraham, el cual es padre de todos nosotros”. Casi todas las traducciones modernas concuerdan en afirmar que el apóstol tiene en mente dos grupos de personas a quienes la promesa es asegurada, estos dos son, respectivamente, los judíos creyentes y los gentiles creyentes.

Ahora bien, una objeción a esta construcción es que, en el contexto inmediato, Pablo ha indicado que considera a Abraham como el padre de todos los creyentes, tanto gentiles como judíos. Por eso es difícil ver cómo las palabras “la que es de la fe de Abraham” (o “los que también viven por la fe de Abraham”) pudieron referirse solamente a los gentiles; tanto más si se tiene en cuenta la cláusula que se anexa: “que es padre de todos nosotros”.

Por otra parte, el lugar que la pequeña palabra “sólo” (en griego μόνον) ocupa en la oración parecería indicar que Pablo no está pensando en dos grupos para los cuales la promesa tiene validez, sino solamente en un grupo. Él está diciendo: “Para que el cumplimiento de la

promesa pueda estar seguro para toda la simiente, no para aquellos por la ley solamente sino también por la fe de Abraham, o sea, queriendo decir literalmente: no para aquellos que viven por la ley solamente, sino para aquellos que también viven por la fe de Abraham.

La promesa, entonces, es de seguro cumplimiento sólo para un grupo, a saber, para aquella verdadera simiente, aquella gente que, aunque honra la ley de Dios, ponen su fe en Dios como lo hizo Abraham. Todos ellos, ya sean judíos o gentiles: “son bendecidos con Abraham, el hombre de fe”. Y como dice la carta a los Gálatas: “Y si pertenecéis a Cristo, entonces sois simiente de Abraham, herederos según la promesa”.

A Abraham se lo llama aquí “padre de todos nosotros”. En el versículo 11 lo llama “padre de todos los que creen”. El apóstol evidentemente está decidido a lograr que los lectores u oyentes entiendan que Dios no reconoce a dos grupos separados sobre los cuales reposa su favor especial, sino solamente un grupo que está constituido por todos los verdaderos creyentes, sean ya gentiles o judíos. Pablo aun aporta evidencia tomada del Antiguo Testamento: “Padre de muchas naciones te he hecho” (Génesis 17:5).

Ahora bien, debemos reconocer que en el pasaje de Génesis las palabras “muchas naciones se aplican a la descendencia natural de Abraham. En el sentido físico este patriarca fue por cierto padre de muchas naciones o pueblos: de los ismaelitas, tanto como de Isaac y sus descendientes y a través de Isaac, tanto de los edomitas como de los israelitas.

Pablo describe el objeto de la fe de Abraham como: “el Dios que imparte vida a los muertos”. La referencia es a Aquel que revivió el poder de Abraham para engendrar, y la habilidad de Sara para dar a luz. Pablo también puede haber estado pensando en la resurrección de Jesús, puesto que cuando describe a Dios como Aquel que da vida a los muertos, él está profesando por medio de esta afirmación su propia fe.

Ahora nos preguntamos ¿Cuál es el significado de: “Y llama a las cosas que no son como si fueran?” Respecto a estas palabras hay varias interpretaciones. La peor de ellas es probablemente la propuesta por el líder de una cierta secta. Según el reporte de un diario, cuando esta persona fue sorprendida diciendo una mentira, su excusa fue: “¿Y qué? ¿No dice la Escritura que aun Dios llama a las cosas que no son como si fueran?”

La explicación más razonable puede ser aquella que refiere esta expresión a la actividad del Todopoderoso durante la semana de la creación, cuando, según el profeta Isaías, él llamó a la existencia a aquello que antes no existía, a saber: a “los fundamentos de la tierra” y a “los cielos”, representado probablemente toda la obra de la creación.

Hay otra interpretación posible. Cuando Pablo afirma “*el cual da vida a los muertos y llama las cosas que no son como si fueran.*” Tiene en mente las palabras de Jesús en función de la vida que Él imparte aunque físicamente un creyente esté muerto. Adicionalmente al llamar a Abraham justo está adelantando criterio de juicio pues es allí donde alguien es declarado conforme a justicia. Llama al patriarca justo aunque no lo es todavía pero seguramente será declarado así por Cristo. Es por ello que: *llama las cosas que no son como si fueran.*

El énfasis principal del argumento de Pablo es este; que fue por la fe en el Todopoderoso y Siempre Fiel Dios, y no por obras que Abraham recibió el cumplimiento de la promesa.

5. La fe y la esperanza de Abraham en las promesas de Dios

Él creyó en esperanza contra esperanza, para llegar a ser padre de muchas naciones, conforme a lo que se le había dicho: «Así será tu descendencia». Y su fe no se debilitó al considerar su cuerpo, que estaba ya como muerto (siendo de casi cien años), o la esterilidad de la matriz de Sara. Tampoco dudó, por incredulidad, de la promesa de Dios, sino que se fortaleció por la fe, dando gloria a Dios, plenamente convencido de que era también poderoso para hacer todo lo que había prometido. Por eso, también su fe le fue contada por justicia.

El carácter de la fe de Abraham es presentado de una manera muy llamativa. Notemos lo siguiente: “*Él creyó en esperanza contra esperanza*”.

En lo fundamental, tener esperanza significa estar a la expectativa de algo deseable. En el presente caso el objeto de la esperanza era el cumplimiento de la promesa de Dios que Abraham tendría un hijo, en cuyo linaje la preciosa promesa de Dios—“Seré tu Dios ... en tu simiente todas las naciones de la tierra serán benditas ... Así será tu simiente”—tendría cumplimiento.

Llegó un tiempo en el cual, hablando en términos humanos, esta esperanza parecía de imposible cumplimiento. Sin embargo, “contra toda esperanza”, o sea, a pesar de que el nacimiento del hijo de la promesa parecía imposible, Abraham “en esperanza”—aquí el convencimiento de que Dios sería fiel a su promesa—continuaba confiando en Dios. Resultado: la esperanza fue cumplida de tal modo que, por medio de su hijo Isaac, Abraham llegó a ser “padre de muchas naciones”.

Pasaron los años y la promesa no se había cumplido todavía. Con valor el patriarca enfrentó el hecho que él tenía ahora unos cien años, o sea, que “su propio cuerpo”—haciendo aquí una referencia especial a su capacidad reproductiva—estaba como muerto y que Sara

era estéril. Sin embargo, él no sólo continuó ejerciendo su fe en Dios y en su promesa, sino que aun fue fortalecido en su fe. Que esto es lo que realmente sucedió es evidente del hecho que cuando Dios repitió la promesa a esa edad tan avanzada—“ciertamente Sara tu mujer te dará a luz un hijo” —y ordenó que todos los varones de su casa fuesen circuncidados, Abraham inmediatamente glorificó a Dios al obedecer este mandato. Y por haber glorificado de esta manera a Dios, él fue fortalecido en su fe. Y dado que esta fe lo esperaba todo de Dios, confiándose en Él completamente, la misma le pudo ser y en realidad le fue, “contada por justicia”.

Cuando un pastor presenta a su congregación este relato de la maravillosa y resuelta fe de Abraham, bien puede suceder que algunos se desanimen, pensando: “Si Dios requiere una fe tal, a saber, que un hombre muy pasada su edad de tener hijos, con una mujer cuyo vientre está muerto, deba creer la promesa de Dios de que tendrá un hijo, que este hijo será varón y que esta misma mujer y no otra lo dará a luz, entonces no hay esperanza para mí. Se trata de tener una fe simple, confiada, la clase de confianza que se aferra a Dios bajo cualquier circunstancia y en toda circunstancia de la vida.

Un adecuado estudio de la Escritura, sin embargo, debe convencer a tal persona de que si bien hay un sentido en que la fe de Abraham no vaciló y hasta fue fortalecida, esto no quiere decir que él no tuviera su lucha. ¡La tuvo! Claro que dudó. Pero Dios inmediatamente volvió a darle seguridad y fue en ese sentido en que la fe de Abraham no vaciló y hasta fue fortalecida. Por eso, todo pastor debe orientar a su congregación hacia el Salvador, quien, en respuesta a la oración del alma que lucha y en cooperación con la enseñanza de la Palabra, la fortalecerá y tranquilizará.

Que estos preciosos pasajes de la Escritura tenían vigencia para toda época es algo que queda demostrado en los versículos que cierran este capítulo de Romanos.

6. La fe de Abraham y la nuestra

Pero no solo con respecto a él se escribió que le fue contada, sino también con respecto a nosotros a quienes igualmente ha de ser contada, es decir, a los que creemos en aquel que levantó de los muertos a Jesús, Señor nuestro, el cual fue entregado por nuestras transgresiones, y resucitado para nuestra justificación.

Las palabras de la Escritura fueron escritas no solamente para los contemporáneos de los respectivos escritores, sino también para generaciones posteriores, es algo que se enseña en ambos Testamentos. Del mismo modo las experiencias de los hijos de Dios debían ser contadas a generaciones posteriores. Hoy en día, en esta época en que para muchos el estudio de la historia se ha hecho un arte perdido, este recordatorio debería servirnos de adverten-

cia. Lo que Pablo está diciendo es que nosotros también estamos vitalmente involucrados en esta historia sobre Abraham y con el modo en que la justicia de Cristo le fue imputada. ¿No es cierto que nosotros también somos aquellos a quienes esta justicia ha de ser contada? ¿No estamos incluidos en la familia de aquellos que ponen su fe en aquel que resucitó a Jesús nuestro Señor de entre los muertos?

La actitud de Pablo hacia Jesucristo no sólo demuestra una profunda reverencia (“Señor”), sino también una profunda gratitud, un amor conmovedor (“nuestro”). Cuando el apóstol escribió las palabras “Jesús Señor nuestro”, él no se limitaba a recitar algunos títulos. No, este es el Pablo que escribió la carta a los Gálatas donde dice:

Gálatas. 2:20

Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí.

Al reflexionar, entonces, en la omnipotencia y en el amor de Dios puestos en acción a favor de su pueblo, Pablo se incluye a sí mismo y a sus lectores en el ámbito de aquellos que ponen su fe en aquel que resucitó a Jesús nuestro Señor de entre los muertos.

La amplia lista de referencias que indica que los doce (con frecuencia representados por Pedro) y Pablo estaban convencidos no sólo del hecho que Jesús había resucitado de entre los muertos, sino que Dios lo había resucitado es significativa. ¿No es cierto que parece que estos pasajes llaman la atención al hecho que Dios el Padre debe haber estado satisfecho con el sacrificio expiatorio que Jesús había ofrecido?

Antes de dejar este precioso pasaje debemos indicar que aquí se revela una vez más la estrecha relación que hay entre el Antiguo y el Nuevo Testamento. Las palabras “que fue entregado [o: entregado para morir] por nuestras transgresiones” son una fuerte señal recordatoria de lo que encontramos en la famosa profecía del profeta Isaías a cerca del sufrimiento del Mesías:

Isaías 53: 4-12

Ciertamente llevó él nuestras enfermedades y sufrió nuestros dolores, ¡pero nosotros le tuvimos por azotado, como herido y afligido por Dios!

Mas él fue herido por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados.

Por darnos la paz, cayó sobre él el castigo, y por sus llagas fuimos nosotros curados.

Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino; mas Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros.

Angustiado él, y afligido, no abrió su boca; como un cordero fue llevado al matadero; como una oveja delante de sus trasquiladores, enmudeció, no abrió su boca.

*Por medio de violencia y de juicio fue quitado; y su generación, ¿quién la contará?
Porque fue arrancado de la tierra de los vivientes, y por la rebelión de mi pueblo fue herido.*

Se dispuso con los impíos su sepultura, mas con los ricos fue en su muerte.

Aunque nunca hizo maldad ni hubo engaño en su boca, Jehová quiso quebrantarlo, sujetándole a padecimiento.

Cuando haya puesto su vida en expiación por el pecado, verá descendencia, vivirá por largos días y la voluntad de Jehová será en su mano prosperada.

Verá el fruto de la aflicción de su alma y quedará satisfecho; por su conocimiento justificará mi siervo justo a muchos, y llevará sobre sí las iniquidades de ellos.

Por tanto, yo le daré parte con los grandes, y con los poderosos repartirá el botín; por cuanto derramó su vida hasta la muerte, y fue contado con los pecadores, habiendo él llevado el pecado de muchos y orado por los transgresores.

Que esta verdad respecto a la justificación de los creyentes, solamente por gracia y por fe, es un tesoro tan precioso que nada—¡nada! —la puede superar, es algo que Pablo confiesa cuando con espíritu jubiloso exclama:

Filipenses 3:7-9

Pero cuantas cosas eran para mí ganancia, las he estimado como pérdida por amor de Cristo. Y ciertamente, aun estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor. Por amor a él lo he perdido todo y lo tengo por basura, para ganar a Cristo y ser hallado en él, no teniendo mi propia justicia, que se basa en la Ley, sino la que se adquiere por la fe en Cristo, la justicia que procede de Dios y se basa en la fe.

Entre las muchas verdades preciosas puestas delante de nosotros en este cuarto capítulo de Romanos está ciertamente esta, tan notable, a saber, que la consoladora doctrina de la justificación no por obras sino por fe está firmemente enraizada en las Escrituras (el Antiguo Testamento), como lo comprueba el ejemplo de Abraham.

Por medio de evidencia corroborativa tomada del Antiguo Testamento, Pablo ha dejado bien claro que la consoladora doctrina de la justificación—y por ello también la salvación—por la fe, basada en la gracia soberana de Dios, es por cierto completamente bíblica.